

años después de fallecido Enrique II, recogió respetuosa en 27 de Marzo de 1381 el último suspiro de su consorte doña Juana Manuel y despidió con sinceras lagrimas su cadáver para Toledo.

No logró la virtuosa reina ver resueltas sus ansiosas dudas acerca de la legitimidad tan disputada entre los dos pontífices de Roma y de Aviñón; pero no tardó en pronunciarse dentro de la misma ciudad, en 20 de Mayo siguiente, la decisión solemne del reino de Castilla, que no podía menos de preverse á favor del último viendo al frente del concilio al cardenal Pedro de Luna, futuro sucesor de Clemente VII. Los adictos al romano interpretaron por enojo del cielo los espantosos truenos y diluvio de agua que impidieron al rey asistir á la ceremonia, y los franciscanos dieron gracias á Dios de que su iglesia no hubiese tenido que servir á ella de teatro (1). Durante la desastrosa guerra con Portugal, Juan I estacionado á menudo en Salamanca, le trajo consigo belicosos aprestos, gravámenes só color de ofrendas voluntarias, y serias inquietudes por la proximidad de los enemigos: en el reinado posterior participó del entredicho impuesto á varias ciudades por la prisión de los prelados malquistos con la corte. Siempre adherida á la sede de Aviñón, en otro concilio del año 1410 reconoció por papa á Benedicto XIII, conviniendo en este fallo la autorizada ciencia de sus doctores con la acatadísima virtud de san Vicente Ferrer, que la visitó por aquel tiempo para reducir á los judíos allí domiciliados y plantar en ella la unidad de la fe sobre las ruinas de su sinagoga.

e muy altos e muy señalados servicios que siempre fezisteis á nos e á los reyes onde nos venimos, como aquella que antiguamente fué señalada e ovo gracias especiales entre todas las otras ciudades e villas e logares de nuestros reinos e así parece por el fuero que antiguamente ovo en el qual es fallado que fué poblada á fuero de fijosdalgo; e por los daños grandes que rescibieron los vecinos e moradores della en nuestro servicio, e por le dar galardón de los dichos servicios e de quanto mal e daño ha rescibido e pasado por nuestro servicio, e por noblecer la dicha ciudad porque sea mejor poblada e noblecida e honrada entre todas las ciudades de los nuestros reinos.»

(1) WADINGO en sus *Anales de los menores á dicho año*, núm. 3.

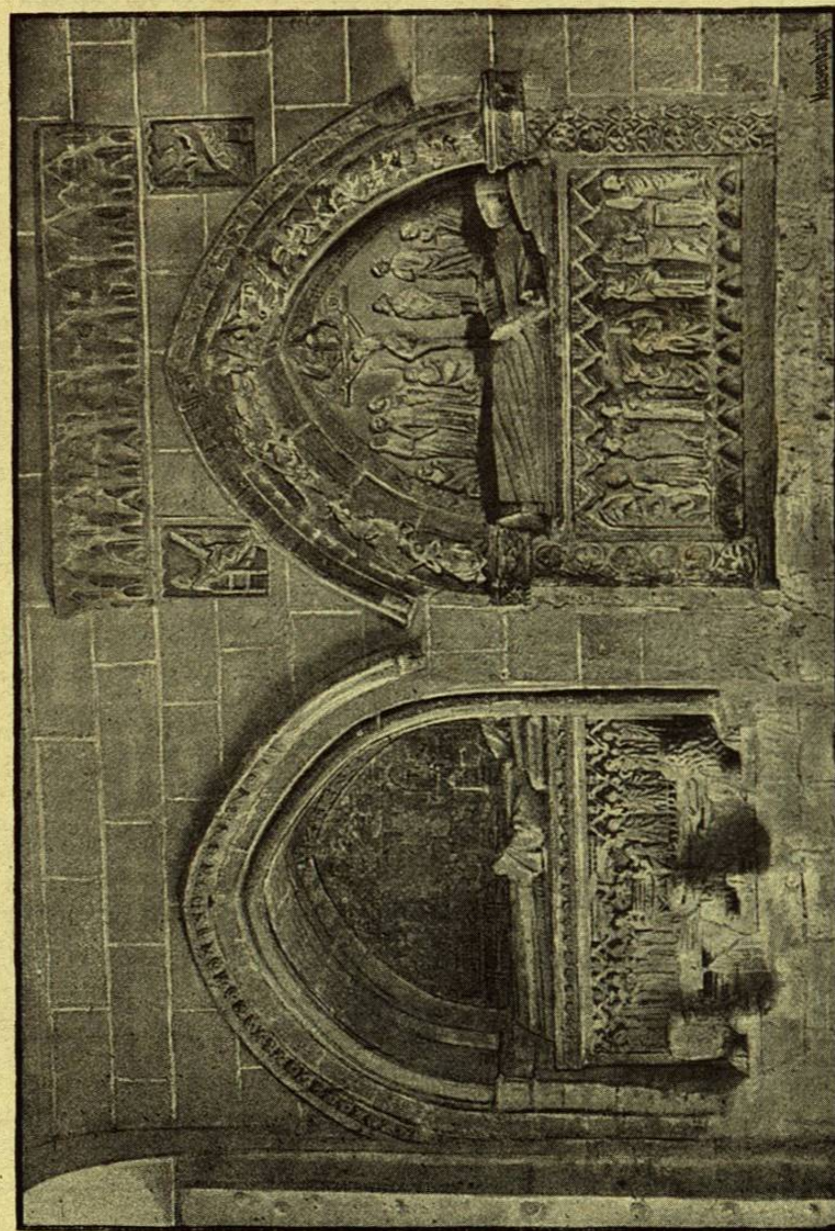
Á la misma época se refiere por lo común una lúgubre tradición, harto característica y profundamente grabada en la memoria del pueblo para no creerla verídica en el fondo, aunque adornada después con incidentes más ó menos felizmente inventados. Sobre un lance del juego de pelota trabaron contienda dos hermanos de la familia de Enríquez de Sevilla con otros dos de la de Manzano (1); aquellos sucumbieron en la atroz refriega y fueron llevados exánimes á la casa de su madre. Doña María Rodríguez de Monroy no lloró sobre los ensangrentados cadáveres de sus hijos, nada dispuso acerca de su sepultura; silenciosa, sombría, fingiendo temer por sí, salió acompañada de criados y escuderos para su lugar de Villalba, pero á la mitad del camino les anunció resueltamente que no era fuga sino venganza lo que meditaba, y asociándolos con terrible juramento á su plan, los condujo á Portugal donde se habían amparado los homicidas. Dónde y cómo les sorprendió, si fué en Viseo, de noche, derribando las puertas de su posada, no queda bien averiguado: lo cierto es que á los pocos días volvió á entrar en Salamanca, animosa y terrible al frente de su comitiva, enarbolando en la punta de las picas las cabezas de los dos Manzanos, y á guisa de ofrenda expiatoria, más digna del altar de las Euménides que de una tumba cristiana, las hizo rodar sobre las recientes losas que en la iglesia de San Francisco ó en la de

(1) Según Dávila, no fué muerto en la disputa del juego sino Enríquez el menor, Luís; el otro, Pedro, lo fué después en una asechanza para que no vengara la muerte de su hermano. Á esta tradición es extraño no haga la menor alusión el diligente historiador de los Agustinos de Salamanca fray Tomás de Herrera en su minuciosa genealogía de los Monroyes. Sin embargo, después de Alonso de Maldonado, casi contemporáneo del sangriento hecho que fué el primero en referir, son bastantes las obras de escritores locales, inéditas ó impresas, en prosa ó en verso, crónicas ó poemas, que de él se ocupan. Cítalos el notable folleto sobre los *Bandos de Salamanca*, publicado en 1883 por don Manuel Villar, como por vía de muestra de la concienzuda historia que prepara de su ciudad nativa, folleto rico de erudición genealógica y de curiosos datos, del cual se desprende: 1.º que dicho suceso puede fijarse en el año 1464 ó principios del siguiente; 2.º que no fué origen de las encarnizadas luchas, tan continuas allí como en las más de las ciudades de España y aun de Europa durante la Edad media, sino un simple episodio de ellas que tuvo sus antecedentes y sus resultados.

Santo Tomé cubrían los restos de sus hijos. Poco sobrevivió á esta feroz proeza que le valió el epíteto de doña María *la brava*, pero sí por más de un siglo los bandos que de ella nacieron entre los caballeros salmantinos ligados con una ó con otra familia, á los cuales se dice servía de línea divisoria rara vez hollada el Corrillo de la Yerba, explicando este título allá como en Zamora por lo solitario y medroso del sitio (1). Sucedió esto de 1460 á 1478 en los días de san Juan de Sahagún, cuyas fervorosas predicaciones, calmando y no extinguiendo la furia de los ánimos, le acarrearón más de una vez odios y violencias y por último la muerte propinada con veneno. Bajo los nombres de Santo Tomé y San Benito, parroquias que encabezaban los dos grandes distritos de la ciudad, perpetuáronse largo tiempo dichos bandos, recordando aun sus distintos colores y opuestas cuadrillas en las justas reales de la dinastía austríaca, los antiguos enconos y reyertas.

Pero en el siglo xv las disensiones políticas del reinado de Juan II los habían llevado á su mayor encarnizamiento: quienes por los infantes de Aragón, quienes por don Alvaro de Luna, dominaban alternativamente y llenaban de alboroto la ciudad. Las cortes de 1430 congregadas en su recinto se esforzaron en dirigir contra los moros de Granada el belicoso humor de los partidos, otorgando un copioso donativo para la guerra; corta fué la tregua, porque en 1440 llegó á tal grado su recrudescimiento, que ni el mismo rey al visitarla encontró respeto ni hospedaje. Resistía á su autoridad declarado contra la privanza del Condestable el alcázar contiguo á San Juan, y ocupaba la fuerte torre de la catedral el arcediano Juan Gómez, hijo del difunto obispo don Diego de Anaya, quien con los disparos de su gente impidió al soberano aposentarse en el inmediato palacio episcopal y le obligó á buscar albergue en las casas del doctor Acevedo junto á San Benito, de donde y de la ciudad le hicieron

(1) Véase la parte de *Zamora* al final del capítulo II.



SALAMANCA. — SEPULCROS DE LA CATEDRAL VIEJA

desalojar también las amenazas de los revoltosos para dar entrada luego al rey de Navarra y al almirante. Sin hacer caso de las penas contra él pregonadas en Cantalapiedra, siguió el insolente arcediano señoreando la población al frente de sus desmandados bandoleros, quedando consignada en el refrán *andar con él, que de Juan Gómez es*, la mezcla de execración y miedo con que les abrían paso los pacíficos moradores.

Bajo más fiel custodia se hallaba en 1446 la torre de la iglesia mayor confiada á don Gonzalo de Vivero, que sucedió á don Sancho de Castilla en la silla episcopal y prestó en el real consejo largos é importantes servicios á Juan II y á Enrique IV. Cuando Pedro de Ontiveros enarbó en el alcázar la bandera de la rebelión contra este monarca pusilánime, derramando incendios y muertes por Salamanca, el buen prelado ayudó á Suero de Solís y al partido de los leales á recobrar por fuerza de armas la fortaleza y no paró hasta entregársela al mismo Enrique, que acudió presuroso y fijó allí en 1465 su residencia, reuniendo cortes y entretenido con vanas esperanzas de lograr una avenencia con los grandes descontentos, mientras que en Ávila procedían éstos á destronarle en efigie. Recompensó el rey á la ciudad el seguro asilo que le había dado en sus días de mayor abandono con la concesión de una feria franca todos los años desde el 8 al 21 de setiembre; y tuvo á grande obsequio el derribo del ominoso alcázar, que el pueblo acometió como guarida de traidores y tiranos más á propósito para oprimirle que para defenderle.

Sin embargo, los derechos de doña Isabel y de doña Juana al vacante trono se discutieron allá, como en las vecinas ciudades, con choques, sorpresas y escaramuzas entre los partidos que alternativamente se alzaban con el mando, sosteniendo al de Santo Tomé decidido á favor de la Beltraneja el duque de Arévalo y el licenciado Antonio Núñez de Ciudad Rodrigo, y capitaneando al de la reina Católica el duque de Alba. Con la entrada del rey Fernando en 28 de mayo de 1475 triunfaron

los que llevaban su voz, y atizadas las añejas rencillas del pueblo contra la nación portuguesa, fueron puestas á saco en medio de la embriaguez del contento las casas de los vencidos. Distinguiéronse en estas luchas, no podemos asegurar si como servidores ó como enemigos de los nuevos reyes, Suero de Solís y los Maldonados, de los cuales Alfonso sucumbió en una refriega, y Rodrigo incurrió más adelante por sus desmanes y usurpaciones en el enojo del monarca enfrenador del feudalismo, no salvando del tajo su cabeza sino mediante la entrega del castillo de Monleón que su esposa defendía (1). Tres veces recibió Salamanca á la grande Isabel acompañada de Fernando: la primera en 1480 con brillantes espectáculos y justas de sus caballeros y sabias arengas de sus doctores; la segunda en el invierno de 1486, de vuelta de Galicia, preparándose para la gloriosa campaña de Andalucía; á la tercera, empero, en 1497, no lucieron pompas ni sonaron aclamaciones; muda y consternada no sabía cómo anunciar al rey, que venía desalado de la frontera de Portugal, que adentro yacía agonizante su único heredero varón el príncipe don Juan, recién llegado á la población con su joven esposa Margarita de Austria. Reconociendo aún á su padre en el ardor de la calentura, espiró el 4 de octubre á los trece días de su dolencia y á los 19 años de su edad el último vástago de una dinastía de cuatro siglos; y la confusión redobló al presentarse á las puertas, demasiado tarde ya, la desconsolada madre. Cuéntase que Fernando le hizo comunicar su propia muerte, para que luego la alegría de verle sano la preparase á recibir en conmutación el golpe de la de su hijo; rara preferencia en ella del amor conyugal sobre el maternal, y

(1) Refiere á la larga este suceso, acaecido hacia 1477, Antonio de Nebrija, lib. VII, cap. 4, de su *Década primera*. Sensible es que los errores en que abunda la historia de Dorado tal como se publicó en 1861, adicionada ó más bien rehecha por modernos escritores, nos inspiren casi la misma desconfianza que la de Gil González Dávila, mientras sus indicaciones no vayan apoyadas en testimonios fehacientes.

rara seguridad en él de poseerlo (1)! El cadáver del malogrado príncipe salió para Ávila donde debía ser enterrado en el convento de Santo Tomás: cuarenta días duraron los lutos en toda España y aun fuera de ella, vistiendo jerga blanca, según la antigua costumbre, grandes y pequeños; jamás, dice Zurita, se habían hecho por rey alguno exequias más llenas de duelo y tristeza.

La reina no quiso volver al sitio de su mayor desventura: el rey después de viudo residió en Salamanca desde octubre de 1505 hasta marzo de 1506, durante un riguroso invierno de nieves, celebrando cortes acerca de la administración del reino en ausencia de su hija, y ordenando públicos regocijos por la concordia asentada con su yerno, mientras trataba segundas nupcias con Germana de Foix. Á fines de 1508 la visitó nuevamente, al pasar de Andalucía á Castilla para sosegar con su acostumbrada prudencia á los grandes malcontentos. No lo anduvieron poco los salmantinos durante la regencia de Cisneros, tomando por ataque á sus franquicias el armamento de la gente común que decretó aquél para defenderlas: ni menos celosos de ellas se mostraron en las cortes de Santiago sus procuradores don Pedro Maldonado Pimentel y Antonio Fernández, negándose en unión con los de Toledo á otorgar al rey el fatal donativo que sublevó las comunidades de Castilla, y aun á prestar el juramento exigido para entrar en la asamblea. El clamor de Segovia implorando á sus vecinas por no caer en las desapiadadas manos del alcalde Ronquillo, arrastró en pos á Salamanca; el pueblo se levantó para volar al auxilio de los cercados atropellando toda resistencia, arrancó las varas á las autoridades, echó fuera de los muros á la mayor parte de los caballeros

(1) Para comunicarles la triste noticia, dice Dorado, se comisionó al doctor Alfonso Ortiz que era su abogado consultor, y les dirigió una sentida arenga que se conserva inédita de su letra en la biblioteca de la Universidad, y el rey dijo: *O bienaventurada salida de la vida de aquel inocente!* y la reina sólo pudo pronunciar: *Cristo, dame pa....* interrumpiéndola los sollozos.

como enemigos de la libertad. La casa del mayordomo de Fonseca, arzobispo de Santiago, ardió en devoradoras llamas; otras fueron derribadas por el suelo. Al frente del movimiento se puso el joven Maldonado Pimentel, sobrino del conde de Benavente, que desembarazado del numeroso bando contrario se hiciera dueño absoluto de la ciudad, á no rivalizar con él y tal vez eclipsarle en el favor de la plebe el pellejero Villoria, *papa y rey* como le llamó un burlón en la plaza, al verle así disponer de vidas y haciendas como alzar entredichos y echar á vuelo las campanas para celebrar las victorias de los suyos (1).

Primero en Ávila y después en Tordesillas representaron con brío á Salamanca el comendador de la orden de San Juan frey Diego de Almaraz, Diego de Guzmán, Francisco Maldonado y Pedro Sánchez cintero: el doctor Zúñiga, catedrático de su universidad y orador principal de la Santa Junta, fué quien logró con la exposición de los males públicos sacar á la reina Juana de su letargo. Acaudillaba su milicia, que ascendía á doscientas lanzas y seis mil infantes, el bizarro don Pedro Maldonado, conduciéndola á libertar á Segovia y luégo con menos fortuna contra el ejército imperial de Rioseco; mas la pérdida de Tordesillas, donde quedó Zúñiga prisionero, esparció en las huestes comuneras el desaliento y la recíproca desconfianza; y la tregua, que el procurador Diego de Guzmán combatió energicamente en Valladolid, dió tiempo de engrosar sus fuerzas al enemigo. Quinientos soldados salmantinos fueron sorprendidos con muerte de muchos en Rodilana junto á Medina; tardaron los refuerzos que de aquella y de otras ciudades aguardaba Padilla para seguir su campaña, y ansioso de reunirse con ellos tomó el camino de Villalar. Sin embargo, entre los pendones desplegados en aquel infausto día no se echaba menos el de Salamanca; y bien que al frente de reducida división, combatie-

(1) «Juras á Dios, señor Villoria papa y rey?» le dijo con esta ocasión un vizcaino, según cuenta Dávila. De este Villoria habla Guevara en sus cartas; Sandoval dice fué ajusticiado en Vitoria, otros que en Palencia.

ron los dos Maldonados (1), cayendo vivos y desamparados de los suyos en poder del vencedor. Don Pedro á ruegos del conde de Benavente se libró por entonces del suplicio, aunque sólo fué aplazarlo un año después para Simancas: á fin de sustituirle en el patíbulo se escogió á Francisco Maldonado, tan maltratado y desnudo que inspiraba lástima y hubo que vestirle de ropa agena, hasta llevarle á la fatal picota donde acababan de exhalar el postrer suspiro sus compañeros Bravo y Padilla. No les salvó de la segur su nobleza, más que á otros de la proscripción su ciencia y su sagrado ministerio (2), ni de la horca al tribuno Villoria su efímera popularidad.

Cuando el emperador Carlos V en una hermosa tarde de mayo de 1534 hizo su solemne entrada en la ciudad por la puerta de Zamora, habían olvidado él y ella sus recíprocos agravios. Corridas de toros, juegos de cañas y de sortija, danzas, mascaradas y carros triunfales, colgaduras, iluminaciones y concierto de campanas, un recibimiento, en fin, con cuyo gasto, en expresión de un contemporáneo, *pudiera fundarse una ciudad*, no impresionaron tanto al monarca como un acto público de la universidad, *tesoro*, según dijo, *de donde proveía á sus reinos de justicia y de gobierno*. Indelebles recuerdos de su permanencia de cuatro días se llevó el 30 de mayo, y no menos gratos los dejó con la fundación de dos colegios. Á Felipe II conoció Salamanca en 1543, príncipe galán pero severo y grave ya á sus diez y seis

(1) No consta que los Maldonados tuviesen entre sí parentesco: Francisco vivía en la calle de Moros y era yerno del doctor de la Reina, por cuyo medio aun después de preso en Villalar esperaba alivio á su situación; D. Pedro era de sangre la más ilustre, nieto del doctor de Talavera Rodrigo Arias Maldonado, y con su muerte desvaneció las injuriosas sospechas que corrieron de haber hecho embarazar la artillería en aquella jornada por traidor concierto con el de Benavente. Acerca de su suplicio véase el tomo de *Valladolid*, cap. V de la primera parte, y sobre el del otro el cap. VIII de la misma.

(2) Entre los proscritos y exceptuados del perdón, además de los citados jefes y procuradores, figuraron D. Pedro Bonal, el doctor D. Juan González de Valdivieso, el licenciado Lorenzo Maldonado, D. Juan Pereyra, deán de la catedral, y fray Juan de Bilbao, guardián de los franciscanos. No sabemos si se efectuó en ellos la pena capital.

años, al desposarse con su primera consorte María de Portugal: el 12 de noviembre llegó con su comitiva la novia, al día siguiente con otra igualmente lucida el real mancebo; las bodas se celebraron aquella noche en las casas del licenciado Lugo frente á Santo Tomé, las velaciones al amanecer el 14, y hasta el 19 que salieron para Valladolid sucediéronse cual mágicas visiones los saraos y los festejos. Lo mismo que su padre visitó don Felipe el plantel de los ingenios que tanto habían de ilustrar su reinado, mientras revivían para obsequiarle en inofensivo palenque los añejos bandos caballerescos justando y corriendo toros ciento cincuenta de cada parte, los de San Benito vestidos de carmesí, los de Santo Tomé de blanco y amarillo.

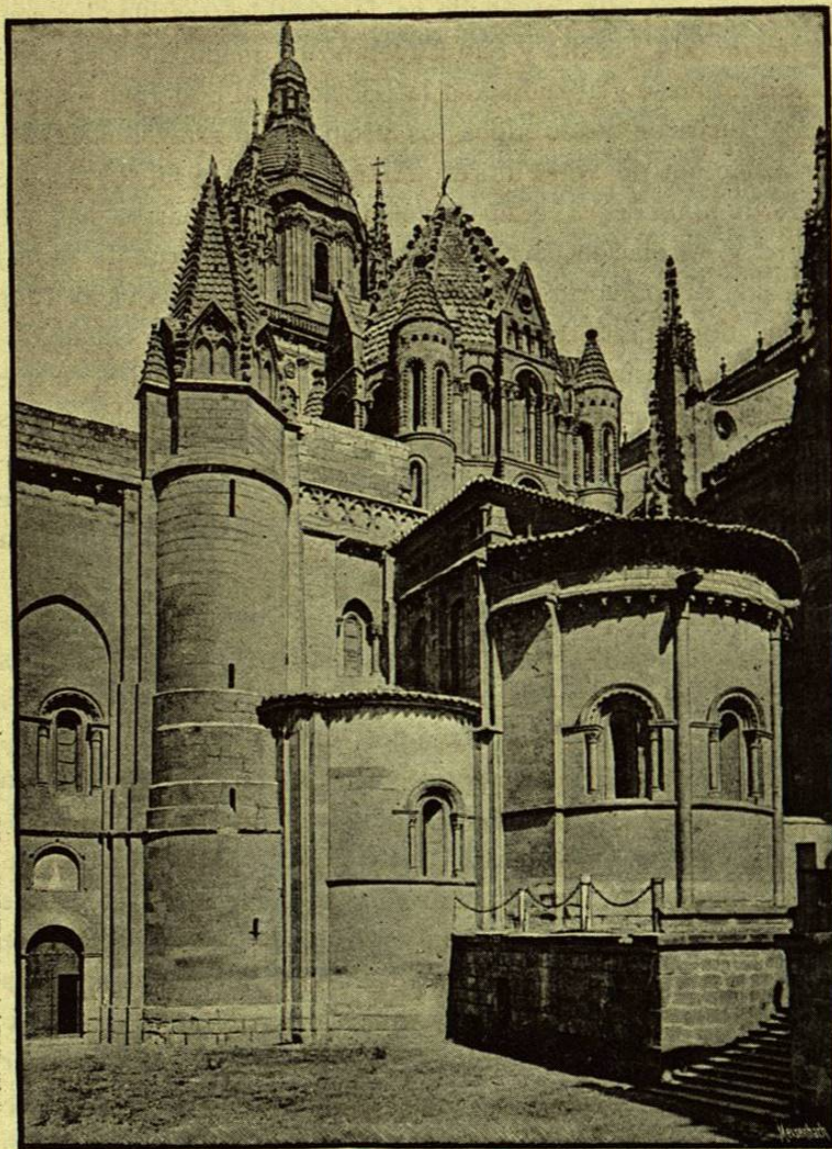
Las glorias y también por desgracia las rencillas de la universidad y la erección continuada año por año de nuevos colegios, conventos y asilos, llenaron en Salamanca todo el siglo XVI y gran parte del siguiente, mas no contuvieron, si es que no empujaron, la decadencia de la población. Las esperanzas que cifró en la protección de Felipe III al recibir su visita y la de su esposa Margarita de Austria en los últimos días de junio de 1600, se desvanecieron con la traslación de la corte á Valladolid, cuya proximidad no podía menos de perjudicarle robándole su savia: la expulsión de los moriscos dejó desiertos algunos de sus barrios y extinguidas varias industrias con la salida de quinientas familias. Por su parte el Tormes en la memorable noche del 26 de enero de 1626 ayudó á la obra de destrucción, inundando los arrabales, derribando ocho conventos y quinientas casas, y arrastrando más de cincuenta cadáveres en sus corrientes. La *madre de las ciencias*, al par que las demás ciudades de Castilla y más que otras tal vez, participó de la mengua general de la monarquía, de la degeneración intelectual y moral, de la corrupción literaria y artística que caracterizaron los postreros reinados de la casa de Austria.

Sólo faltaba que invadiese su pacífico recinto la guerra, cuyas molestias no la habían alcanzado sino de lejos durante la

emancipación de Portugal. Á los pocos años de proclamado el jefe de la dinastía Borbónica, en junio de 1706, se acercaron los portugueses mandados por el marqués de las Minas á imponerle por rey al archiduque Carlos; mas apenas retirados, victoreó de nuevo á Felipe V y se preparó á resistir al nuevo ejército que acudía á castigarla. Abandonada del general Vega, sin más tropas que su milicia ciudadana, reparó sus muros, levantó baluartes, demolió bajo el mismo fuego enemigo los arrabales que estorbaban su defensa, convirtió en fortalezas los inermes conventos cuya posesión vendió cara á los sitiadores. Huían las monjas de uno en otro asilo despavoridas, clérigos y frailes armados acompañaban con certeros tiros sus exhortaciones, distribuían municiones y víveres las mujeres, peleaban en orden los estudiantes, mientras que sobre la ciudad estallaban mortíferas bombas y granadas. Cuéntase que reducido á escombros el muro situado entre la puerta de Sancti Spiritus y la de Santo Tomás, amaneció al otro día pintado en lienzo con apariencia tal, que haciendo dudar al enemigo de la eficacia de sus disparos le indujo á conceder honrosa capitulación. Verificóse ésta al 17 de setiembre á los tres días de sitio, no sin costar á la ciudad cincuenta y dos mil doblones y la odiosa bien que fugaz presencia de las huestes de Portugal, Inglaterra y Holanda: tarde llegaron para libertarla una semana después las españolas, pero cobró aliento para rechazar en adelante otras embestidas, subiendo al colmo su entusiasmo cuando en 1710, desde el 6 al 10 de octubre, tuvo en su seno al monarca por quien tanto había sufrido. Universidad y ayuntamiento en aquellos días de mayor peligro compitieron en ofrecerle dinero y gente para revindicar su corona.

Lo que perdonó la guerra de Sucesión vino á arruinarlo un siglo después la de la Independencia. Salamanca, cuyos viejos muros no correspondían en solidez al brío de su juventud que salió á alistarse en las banderas de la patria, estuvo abierta de 1808 á 1811 tan pronto á los franceses invasores, como á

SALAMANCA



CATEDRAL.—TORRE DEL GALLO

los aliados ingleses y portugueses, sin poder á veces decir quiénes mejor la saqueaban. Los primeros acabaron por fijarse y fortalecerse en ella, erigiendo en formidables castillos los conventos de San Vicente y San Cayetano en medio de una vasta zona de ruinas; y abandonada la población al poderoso ejército aliado, turbaron desde allí á los vecinos con cruel bombardeo la satisfacción de verse libres. Al rendirse por fin los fuertes en 28 de junio de 1812, no se veían por ambas partes más que sangre y desolación, acrecentada el 7 de julio con la casual explosión del polvorín que costó más de seiscientas vidas á los descuidados moradores. Trocáronse los lamentos en aclamaciones á 22 del mismo mes con la gran batalla de Arapiles, en que la victoria coronó á Wellington á vista de la ciudad en los cerros inmediatos, hiriendo de muerte á las águilas francesas; no obstante, aun tuvieron estas ocasión en noviembre de aquel año de vengar con el último pillaje sus agravios, clavando en su presa las uñas antes de soltarla para siempre.

Memorias tal vez más interesantes que las públicas que acabamos de reseñar serían las particulares de tantos varones eminentes que allá residieron, pues apenas los hubo en todas las carreras, durante algunos siglos, que no tuvieran en Salamanca su principio ó su apogeo. Curioso fuera sorprender en tierno germen sus proyectos y esperanzas, las travesuras y privaciones del estudiante oscuro, los vacilantes pasos de su elevación, el desarrollo de su nombradía, el secreto en fin de sus glorias y persecuciones; discernir entre la confusa muchedumbre los grandes genios y en medio del caos de huecas disputas las fecundas y vivificadoras ideas; seguir las evoluciones del movimiento intelectual, comunicado desde aquel breve círculo por toda España, á la luz de sus más esclarecidas lumbreras. Escribimos, empero, no unos estudios literarios, sino una obra artística, donde no se consideran las instituciones y las personas, sino con relación á los monumentos que dejaron, y los hechos se evocan nada mas para animar los sitios que les sirvieron de

teatro. Nos esperan una doble catedral presidiendo á una diezmada multitud de parroquias y conventos, una soberana universidad de pié entre innumerables colegios destruídos, hospitales, asilos, palacios, por todas partes grandezas y ruinas que sin la anterior ojeada histórica sería difícil explicar ni comprender; pero las recorreremos sin soltar de la mano todavía la antorcha de lo pasado, para formar más detalladamente con la serie de tales y tantas fundaciones los anales religiosos y científicos de la celeberrima ciudad. Nombres que han llenado el mundo, unos en vida ya ilustres, otros á la sazón humillados ó desconocidos, se nos presentarán en la testera de una cátedra, en el rincón de una celda, en estrecho albergue, en sencilla losa funeraria, no siempre dentro de iglesias ó edificios, hartas veces ¡ay! en el profanado solar que ocuparon, y su esplendor dará á las desnudas paredes y triturados escombros mayor adorno que los más exquisitos relieves y más alta estima que los primores del arte.

